

UN DÍA, UN LOBO.
HISTORIA DE AMIGOS, HISTORIA DE AMOR

Grégoire SOLOTAREFF.

Un día, un lobo, infeliz de vivir solo arriba en lo alto de la montaña, pensó que quizás no estaría mal vivir con alguien.

Pero para ello, ¿qué se debía hacer? Bajar hasta el pueblo y decir: “Bueno, soy un pobre lobo a quien le gustaría algo de compañía”. Imposible: ¡Lo cazarían o matarían en el instante! ¿Ir en busca de una compañera más abajo allá en las colinas? Sabía que no había loba a más de cien kilómetros. Entonces, ¿qué hacer?

Surgió una idea: se disfrazaría de hombre y buscaría a una mujer. Lo que hizo. Con éxito, ya que por más feo que fuera con el hocico grande, sus pelos hasta por debajo de los ojos y sus patas con garras, era tan inteligente, y tanta risa les daba a las señoritas que le resultó muy fácil encontrar a una.

Sin embargo, cuando se trata de vivir juntos, es decir sentarse en la mesa para comer cada día a la misma hora, dormir en una cama incluso cuando hace demasiado calor, cepillarse los dientes en la mañana y en la noche o cambiarse la ropa de vez en cuando, no lo pudo soportar. Quiso echar fuera a su esposa asustándola, fingiendo que quería comérsela, etc... Imposible, no lo consiguió. Entonces, fue él quien se marchó.

Pero mientras tanto, se había acostumbrado a que lo quisieran y en cuanto estuvo solo de nuevo, echó de menos a su esposa.

¿Cómo elegir entonces? ¿Ser libre pero solo en el mundo? ¿O bien obligarse a ciertas cosas para vivir con una compañera?

Días y días vaciló, semanas enteras. Pasaron meses y años también.

Finalmente, regresó hacia su esposa. Allá lo esperaba ella, en su madriguera y cuando vio su semblante triste y sus largos pelos grises casi blancos hasta por debajo de los ojos, se puso a reír, y a llorar al mismo tiempo, y él también.

Obviamente, permanecieron juntos el resto de su vida.